

había alojado considerablemente desde que el ofrecimiento de Abu Lahab de concederle, en lugar de su difunto hermano, la protección de familia á que tenía derecho, había sido retirado con motivo del nuevo rompimiento de que hemos dado ya cuenta. Pero aunque los deberes de la familia para con el incómodo miembro estaban como en suspenso, no por eso habían cesado por completo. A ellos correspondía, por otra parte, sujetar al individuo á su parentela. Ahora bien: si la situación de Mahoma en Yathrib había de tener algo de regular, según las ideas árabes,—y así era consiguiente que lo fuera á causa de la mayoría de aquellos habitantes no convertidos á la fe,—debía deshacerse el lazo que todavía le ligaba á los suyos para que pudiera ser admitido en el conjunto de las familias de Yathrib que se habían adherido á él. Era indispensable para lograr este fin que uno de los jefes de los haschimitas se prestara á pronunciar su pacífica separación de la tribu. Fué uno de los tios de Mahoma, hermano de su difunto padre y de Abu Lahab, quien se encontró dispuesto á ello. El-Abbás, así se llamaba, era uno de esos hombres que sin gran firmeza de carácter y sin convicciones fijas saben en épocas difíciles sortear todos los obstáculos sin chocar con los bandos opuestos, en las de paz hacer carrera, en las peligrosas hacerse sacar las castañas del fuego por gentes más sencillas, pero más atrevidas, y en todas circunstancias, flotar por encima de todo. Estas provechosas cualidades las dejó en herencia á sus descendientes: así, él supo abrirse camino, sus hijos y nietos hicieron carrera como parientes del Profeta, y, por último, los posteriores abasidas sacaron las castañas del califato del fuego de la guerra civil por la mano de los descendientes de Alí, que á su vez habían heredado de su antepasado cualidades de espíritu poco á propósito para el logro de fines terrenales. Abbás era, en todo caso, un hombre astuto que veía más allá que el resto de sus compatriotas. La tenacidad con que su sobrino se aferraba á lo que se debía considerar como una quimera, tenacidad con la que también se aferraban á él cierto número de personas no despreciables, hizo pensar al tío que tal vez tan extraño movimiento podía tener porvenir. Se quedó afiliado al bando que tenía el poder y la consideración; pero entretanto juzgó también útil hacer un favor sin consecuencias al otro. Acudió, pues, con Mahoma en el día ya indicado y muy entrada la tarde á la nueva citada en la Akaba á los creyentes de Yathrib, los cuales se acercaron al lugar secreto uno á uno ó en pequeños grupos para no llamar la atención. Eran en junto 75 y entre ellos dos mujeres; cuando la asamblea estuvo completa, pronunció primeramente Abbás algunas palabras manifestando que Mahoma había tenido hasta entonces la debida protección en su familia y también la tendría en lo porvenir, pero que él prefería la de los hombres de Yathrib, y así les preguntaba si estaban dispuestos á encargarse de él. Los concurrentes asintieron alegremente y suplicaron á Mahoma que manifestase su voluntad. Este entonces les predicó de nuevo acerca del verdadero Dios y del Islam y terminó con estas palabras: «Hago, pues, pacto con vosotros para que me protejais en todo aquello que protegerais á vuestras mujeres é hijos.» En seguida El-Bará, de la tribu Jasradsch, tomó su mano y se lo prometió, y después todos los presentes ratificaron el pacto prestándole homenaje como su caudillo en la forma acostumbrada por los árabes, por medio de un ligero golpe con la mano derecha en la diestra de Mahoma. Establecido así el convenio, Mahoma, en virtud de su nueva autoridad, designó á doce hombres, tres de los Ans y nueve de los Jasradsch, como directores interinos de la comunidad en Yathrib, dando por terminada la reunión,—la segunda Akaba, como se la llama,—y se diseminaron en seguida.

Por secreta que fuera la reunión, corrieron pronto vagos rumores acerca del suceso, y de repente apareció á los ojos de los koreischitas la magnitud del peligro en que se encontraban. Una alianza de Mahoma con tribus extrañas de la importancia de las de los Ans y Jasradsch, que como hombres avezados á la guerra podían ser por demás temibles para los pacíficos mercaderes de la Meca, era tanto más amenazadora para ellos cuanto menos esperaban ver representar todavía un papel serio al hombre despreciado. Ante todo convenía en aquel momento averiguar las verdaderas intenciones de las gentes de Yathrib. Era el tercer día después de la fiesta y aun no se había levantado el campamento de los peregrinos; allí se dirigieron presurosos los jefes de los Koreis y se quejaron con vehemencia del proceder de hombres que aprovechaban los días de la tregua para fomentar la enemistad en las filas de una tribu amiga y formar alianzas con hombres turbulentos y sospechosos, las cuales, según todas las apariencias, debían conducir á la guerra. Los que no estaban en el secreto protestaron enérgicamente contra semejante sospecha, mientras que los iniciados se guardaron bien de abrir la boca; Abdallah Ibn Ubay aseguró, sin embargo, que era imposible que hubiese en ello cosa cierta, pues que ninguno de los suyos se atrevería á dar semejante paso sin su previo conocimiento. Muy pronto había de saber cuán poco se curaban de su autoridad los que estaban á favor del Profeta. Por de pronto los de Meca se tranquilizaron con esto; pero apenas se hubo levantado el campamento de los extranjeros y puéstose en camino la caravana de Yathrib, cuando toda la verdad se hizo patente en la ciudad. Entonces se emprendió á toda prisa la persecución de los que se iban, pero solo se consiguió alcanzar alguno que otro rezagado y hacer prisionero á uno de los creyentes, un jasradschita llamado Ssa'ad Ibn Obada, que fué conducido á la Meca con malos tratamientos. Por fortuna tenía este allí la protección de parientes que le estaban obligados y consiguieron su libertad, y así fué tanto mayor la indignación de los aristócratas contra los que habían quedado en la Meca, contra el Profeta y los que le rodeaban. No parece que se llegara inmediatamente á romper las hostilidades, mas era de prever que no se harían aguardar mucho. La resolución de abandonar la ciudad y refugiarse en Yathrib hacía ya meses que estaba adoptada por Mahoma, y entonces se apresuró su ejecución. Con todo sigilo y por orden de su jefe abandonaron los creyentes uno tras otro sus moradas y salieron de la ciudad, llevándose lo que podían de sus bienes y dejando lo demás. Impedírselo era imposible; eran en su mayor parte hombres libres á quienes nadie tenía derecho á coartar en sus movimientos y que hasta en sus mismos parientes incrédulos habrían encontrado protección contra toda violencia por parte de los nobles. Es verdad que algunos de los más encarnizados enemigos del Profeta procuraron detener ó encerrar ya á un hermano ya á cualquiera otro allegado; pero solo en algunos contados casos tuvo esto éxito, y exceptuando á los esclavos que aun no estaban en estado de librarse de la servidumbre, llegó la gran mayoría de los musulimes á Yathrib en el verano del año 622, donde fueron recibidos con los brazos abiertos en las casas de sus correligionarios.

Mahoma permaneció en la Meca con Abu Bekr y Alí hasta que todos sus partidarios hubieron abandonado la ciudad. El motivo de esta permanencia no se vé muy claro; yo presumo que sería debido á la consideración de que los suyos hallarían menos obstáculos para la partida mientras él se quedase en la Meca infundiéndoles con su presencia cierta seguridad á los koreischitas de que no había ningún peligro en demorar sus resoluciones. Esta seguridad habría des-

aparecido desde el momento en que él hubiese salido también de la ciudad, motivo suficiente para que temiera de sus contrarios todo lo más malo en aquel preciso momento. En efecto, se refiere que por último los koreischitas, en una asamblea á la que asistió personalmente Satán bajo la figura de un viejo de Nedschd, envuelto en un manto, y por consejo suyo, tomaron la resolución de matar á Mahoma, á cuyo efecto se designaron once hombres, que debían sorprenderle de noche en su cama y asesinarle. Sin embargo, mientras que estaban en acecho consiguió escapar el enviado de Dios, que naturalmente había sido advertido de todo por el ángel Gabriel. Con razón se ha objetado á la autenticidad de este cuento que del Corán, que también hace referencia á los sucesos de los últimos días en la Meca, solo se desprende que Mahoma atribuía malos propósitos á los koreischitas; y seguramente, aunque solo se hubiese llegado á intentar la ejecución de aquel asesinato, no habría dejado de expresarse de modo muy distinto. Además, hay que tener presente que los nombres de los once que le habían de matar son evidentemente los de los que en otras ocasiones se habían señalado como adversarios del Profeta, y que aquí se hacen aparecer como encargados de semejante papel. En todo caso Mahoma debía esperar que si daba indicios de quererse marchar se lo impedirían á la fuerza. Así, pues, la huida secreta se imponía. El fiel Abu Bekr hacía ya tiempo que había comprado secretamente dos veloces camellos confiándolos á un experto guía de una tribu vecina, el cual esperaba órdenes á corta distancia de la ciudad. Para que los koreischitas creyeran que Mahoma no había abandonado todavía su casa, debió quedarse Alí en ella con la esposa y las dos hijas del Profeta, poniéndose el manto rojo de este, mientras que Mahoma y Abu Bekr se escapaban al oscurecer por una ventana trasera y llegaban sin ser descubiertos al monte Tahir, que está como á una milla al Sur de la ciudad, en el camino del Yemen. Cerca de la cumbre del monte se halla una cueva, que aun hoy día se enseña como refugio de los dos fugitivos. Allí permanecieron escondidos tres días, mientras que los allegados de Abu Bekr les proporcionaban secretamente alimentos y noticias, hasta que hubo cesado el primer ardor de la persecución, que los koreischitas emprendieron tan pronto como adquirieron el inevitable conocimiento de la huida, y hubiera posibilidad de continuar sin peligros el viaje. Encontraron al guía con los dos camellos en las cercanías del escondrijo, montando Mahoma el más veloz, que se llamaba Al-Kaswa, y Abu Bekr el otro, y se dirigieron, para huir de todo encuentro peligroso, dando un gran rodeo al Sur de la Meca, hasta la proximidad de la costa, siguiendo luego esta, hasta que la distancia fué suficiente para atreverse á acercarse al muy frecuentado camino entre la Meca y Medina. Después de haberlo atravesado felizmente, continuaron por caminos transversales, y como ocho días después de haber abandonado la cueva del Tahir, según el cómputo general en 20 de setiembre de 622 (1), llegó Mahoma sano y salvo á

(1) Esta fecha es dudosa como toda la cronología de aquella época, porque la valedera regulación de la división del año solo tuvo lugar diez años después, por disposición del Profeta. No es fácil, por lo mismo, calcular hacia atrás, partiendo de fechas posteriores conocidas, para fijar exactamente un hecho, sino que debe procurarse acercarse á la verdad por medio de toda clase de combinaciones de noticias casuales de especie diversa é hipótesis sobre la manera de computar de los árabes paganos. Pero este campo está todavía, en su mayor parte, muy oscuro, y aun cuando se quiera sostener como fecha de la llegada á Koba la, tal vez, también arbitraria 12 Rab'í del año 1 de la Egira, siempre quedaría para fijar la de ésta última todo el tiempo que media entre el 28 de junio y el 20 de setiembre de 622.

Koba, arrabal como á media milla al Sur de Yathrib (2). Esta es la célebre *huida del Profeta desde la Meca á Yathrib (Medina)*, la Egira (3), que separa la época del Islam, la verdadera fe, de la del paganismo, la Scháhiliya (4). Con razón la hizo el califa Omar en el año 637 punto de partida de la época, según la cual aun hoy día computan todos los mahometanos. Si no el origen, á lo menos el carácter del Islam y su propagación en la Arabia dependen por entero de la emigración del Profeta. En la Meca era Mahoma la cabeza espiritual de una minoría perseguida y oprimida; mas desde ahora aparece al frente no solo de una comunidad que pronto comprende la mayoría de los habitantes de Yathrib, sino también de una entidad política, en la cual aquella comunidad se empieza á transformar en breve.

Por todo lo que precede conocemos sobradamente la carencia de toda organización social que caracteriza á la Arabia preislámica. Si, pues, la primera condición fundamental para la prosperidad y propagación de la fe era que dominara entre sus adeptos la unión y la tolerancia, debíase en una u otra forma salir de la confusión que hasta allí había dominado, y en lugar de la guerra de todos contra todos, fundar un orden civil. Si continuaba siendo posible que cuando á causa de una reyerta un individuo matara á otro se hubiera necesariamente de encender la guerra entre las dos tribus, la del matador y la del muerto, entonces era imposible mantener unida la comunidad: así estaba en la naturaleza de las cosas que la legislación religiosa, que exigía la conversión de muchos centenares de individuos de distinto origen, fuera al propio tiempo legislación civil. No tiene naturalmente ninguna importancia que los mismos musulimes no entendieran nada de Estado ni de sus organismos; tan pronto como una Iglesia se ve obligada á ordenar los asuntos que estamos acostumbrados á ver sometidos á la jurisdicción del Estado, es ella también precisamente un Estado, y un Estado de poder tanto más concentrado cuanto que el cumplimiento de las leyes civiles se convierte en deber religioso. Que esta fusión de asuntos espirituales y temporales debe tener por consecuencia necesaria rebajar y falsear el contenido ideal de la fe, y que la religión de Estado y el Estado religioso llevan de este modo en sí, desde el primer momento de su origen, el germen de su ruina, lo tiene cada cual sabido por los conocidos ejemplos de más de una época histórica, y por lo que se refiere á la persona de Mahoma, ya lo dejamos explicado anteriormente; pero el reino de este mundo que él levantó, por haber puesto desde luego en juego así los malos como los nobles instintos de los hombres, debía alcanzar en corto plazo una extensión y un esplendor que no logró para su Estado el pueblo de más talento político de la antigüedad sino al cabo de una tarea de centenares de años.

Así, fué un día preñado de contingencias aquel en que Mahoma, después de cuatro días de residencia en Koba, donde le habían saludado multitud de sus creyentes y conferenciado con él los jefes, hizo su solemne entrada en la ciudad. Alrededor de su camello se agolparon los grupos

(2) Naturalmente, no escasean las aventuras y milagros atribuidos á este viaje; para apreciarlos en su justo valor basta decir que el héroe de una de aquellas, Ssúraka, el que solo se convirtió después de la conquista de la Meca por Mahoma, antes de este último suceso no había proferido la menor palabra acerca de ella.

(3) *El-hidschratu*; según pronunciación posterior: *el-hidschra* ó *el-hedschra*, de lo cual los franceses han hecho *Hegira*, que debido á la ignorancia de la forma original se encuentra también en autores alemanes como *Hegira* y en los españoles *Egira*.

(4) *El-dscháhiliya*, «la tontería», «la ignorancia», en oposición al *ilm el-yakin*, «el saber seguro», que trajo el Islam.

si aquellos jefes no habían abrazado la nueva fe, y, en cambio, su alejamiento cada día mayor de los antiguos compañeros de tribu daba lugar á que estos se acercaran mas á los otros infieles. Así, llegó pronto el caso de no hablarse ya mas que de musulmes y paganos, y no, de modo alguno, de Benu Auf, Naddschar ó Ka'ab; y de esta suerte no había, por último, para los primeros, ya que todas sus desavenencias debían ser sometidas á Mahoma, mas norma, tanto en los asuntos religiosos y políticos como en los de derecho privado, que las decisiones pronunciadas en nombre de Dios por su enviado.

De este modo la autoridad del Profeta sobre los suyos, haciéndose gradualmente casi ilimitada, debía necesariamente, por otra parte, comenzar á ser gravosa con el tiempo á los habitantes de Yathrib no convertidos, que con sorpresa é indignación se veían obligados á ceder cada día mas su legítima influencia en los asuntos de su propia patria al advenedizo á quien sus compatriotas habían dado hospitalidad en la ciudad solamente como director de sus negocios religiosos. Las desigualdades que de aquí nacieron influyeron durante una serie de años, en alto grado, en el desarrollo histórico ulterior.

Por de pronto Mahoma tenía ciertamente bastante que hacer con fijar de un modo definitivo su posición en el nuevo círculo que le rodeaba, con tomar disposiciones para encadenar cada vez mas estrechamente los creyentes á la causa del Islam y con asegurar cuanto fuera posible, de un modo irrevocable, la preponderancia de su doctrina sobre las tendencias paganas por medio de una mas íntima atracción de los judíos. En efecto, con extraordinaria perspicacia supo conciliar ambos extremos; que no pudiera ser justo mas que en uno de ellos, no estaba en su mano evitarlo.

La forma exterior del culto fué lo que mas procuró aprovechar para realizar sus fines. Yathrib, como casi todas las ciudades de la península, con excepción de la Meca, carecía de una «casa de Dios»; y dado el gran aumento que había tenido el número de los musulmes, no parecía bien celebrar las oraciones comunes en una casa particular cualquiera. Así, era de urgente necesidad arreglar á la comunidad un lugar especial para la adoración de Dios, y que fuera al propio tiempo un centro que representara exteriormente su firme unidad. Con este fin, al propio tiempo que las viviendas para el Profeta y sus allegados, y muy contiguo á ellas, se construyó un oratorio. Su planta era cuadrada, según unos, y según otros rectangular, midiendo una de sus fachadas cien varas y la otra, cuando menos, sesenta ó setenta. Hasta la altura de tres varas sobre el nivel del suelo se hicieron los cimientos de cantería, y el resto de ladrillos. En el centro se clavaron troncos de palmera que sostenían una techumbre de ramas del mismo árbol. Como Mahoma por complacer á los judíos había prescrito que se orara mirando á Jerusalén, ó sea hácia el Norte, el edificio estaba orientado de Este á Oeste y la puerta principal se había abierto á la parte Sur, mientras que la pared del lado Norte estaba cerrada, teniendo á los dos lados puertas, de las cuales la que daba al Este comunicaba con las viviendas del Profeta y estaba reservada para su exclusivo servicio. Cinco veces al día, á la salida del sol, al mediodía, por la tarde, á la puesta del sol y antes de irse á dormir, podía vérselo allí cumpliendo las oraciones prescritas, en las cuales tomaban parte los creyentes que se encontraban cerca; los viernes á mediodía se reunía toda la comunidad para asistir á un servicio divino especial, el cual, además de la oración, comprendía una plática edificante. Pero también «el sitio de la adoración» (*el-meschid*, de aquí la corrupción *mezquita*) era el lugar predilecto de Mahoma para reunirse con sus mas íntimos, donde podían hablarle

los hijos del país y los forasteros, donde pronunciaba sus fallos sobre cuestiones de religion ó de derecho, y donde anunciaba las revelaciones que había tenido.

Si se considera detenidamente el papel que representan en el Islam las ceremonias del culto, y el efecto que han producido, se siente uno inclinado á ver en cada uno de sus minuciosos pormenores una obra del cálculo mas sutil y acabado. No creo que deba irse tan lejos: si ese exagerado ritualismo nos parece tan especialmente adecuado á la manera de ser árabe, esto se explica sencillamente porque fué ideado por un árabe. El propósito del Profeta no iba por cierto mas allá de lo que ya hemos indicado: debía cumplirse severamente el culto divino, entrelazarlo inseparablemente con la vida ordinaria de los creyentes, y adaptarse, de este modo, todo el hombre al Islam. Mahoma no poseía mucha inventiva, y así, tomó prestado de todas las religiones lo que de uno ú otro modo conocía de ellas; y por lo mismo que no estaba en situación de concebir «la entrega incondicional á Dios» como una renovación interior del espíritu, amontónó fórmulas y prácticas exteriores, por medio de las cuales el creyente manifiesta en todo tiempo su piedad, y que aunque explicables por sí mismas no son tan gratas á Dios como *opus operatum*. Al complicado mecanismo de la oración (1), que se hacia funcionar cinco veces al día, se agregaba, tal vez ya anteriormente pero con certeza entonces en Yathrib, el deber de someterse á una ablución especialmente antes de cada una de las oraciones, así como también despues de las diversas causas de impureza que ofrecía la vida ordinaria, lo que asimismo era usual entre los judíos y algunas sectas cristianas. De aquellos tomó, además de la Kibla, la dirección del rostro hácia Jerusalén durante las oraciones y el ayuno en la fiesta de la reconciliación (10 Tischrí). Que, en cambio, no designara él el sábado de los judíos, sino desde luego el viernes, como día del servicio divino comun, no está en contradicción con la tendencia judaizante de aquella primera época, sino que tendría por objeto que los judíos, con quienes no se podía contar para nada el sábado, pudieran presenciar las ceremonias de los creyentes, y, como esperaba en los primeros tiempos, tomar poco á poco parte en ellas.

Si bien sus esperanzas quedaron defraudadas en este último punto, todo lo demás marchó durante bastante tiempo mejor de lo que podía creer. El albergue y alimentación de los fugitivos que habían llegado á Yathrib completamente empobrecidos, causaron dificultades pasajeras. Los mas acomodados de entre los íntimos de Mahoma habían perdido también la mayor parte de su hacienda durante los largos años de persecución; Abu Bekr, por ejemplo, solo había llevado consigo 5,000 de los 40,000 dirhems (2) que había

(1) Los detalles de esta, como el resto de las ceremonias, se encontrarán mas adelante cuando exponamos la doctrina de Mahoma. No se ha investigado todavía si todos los diversos movimientos, inclinaciones, etc., etc., que acompañan á la oración proceden también de los usos de otros puntos. — La misma tendencia de la repetición continua de ligeras prácticas religiosas se muestra igualmente en la jerga piadosa, cuya introducción, ó al menos perfeccionamiento, corresponde ciertamente á esta época y se ha conservado hasta hoy. En lugar de «buenos días» se debía decir «paz sea contigo»; á cada mención del nombre de Dios se había de añadir «el que es santo y sublime»; no se podía manifestar ningún propósito sin agregar «así lo quiera Dios», etc., etc. La fraseología bíblica de muchos beatos de nuestros tiempos, que en nuestro país se acostumbra á designar con el nombre de «lengua de Canaán», era muy exagerada por los musulmes; estos hubieran escrito «el Señor» con sus cinco letras mayúsculas si hubiesen existido en la escritura árabe. Con mucha propiedad expresan los españoles con la palabra *salamería* y los franceses con la palabra *salamalec* (SALAM ALEIK, «paz contigo») la manifestación de exagerada cortesía.

(2) La palabra *dirhem* equivale á la griega δραχμή (dracma). Los árabes no tenían, antes de Mahoma ni aun algún tiempo despues, ninguna clase de moneda, siendo en general sumamente raro que se en-

poseído. Ciertamente es que los neófitos eran amigos hospitalarios y desprendidos, pero no era posible albergar debidamente á todos los menesterosos. Estos quedaron naturalmente á cargo del Profeta, junto á cuya casa acampaban bajo una especie de soportales que tocaban á la mezquita. De ahí que se les llamara «la gente de los soportales» (1); como dependían por completo de Mahoma y eran probablemente proletarios descontentos, constituían un elemento de la comunidad muy poco recomendable, pero utilísimo para todo género de servicio de genzaros. Para alimentar á estos y á otros necesitados debióse imponer una contribución á los creyentes. El Islam había convertido en deber la liberalidad para con los pobres. Convirtiéndose, pues, paulatinamente «la limosna» (Sakat) en un impuesto permanente, cuyo producto fué también empleado luego en satisfacer otras necesidades que se presentaban en «los caminos de Dios» y que, por último, fué la base del erario islamita. Hombres mas reputados eran las verdaderas columnas de la fe, los Mohádschires, ó «emigrados» (2), los tantas veces probados fieles Abu Bekr, Omar, Hamsa, Seid, Ali y otros, con los cuales el enviado de Dios se reunía diariamente y celebraba consejo. Sucedia á veces, en estos casos, que por arte maravilloso la opinión de uno ó de otro coincidía con la decisión divina, que, poco despues, era revelada al Profeta por el siempre propicio ángel Gabriel. Junto á esta pequeña hueste, que descollaba entre todos por su significación personal y por la confianza que inspiraba á Mahoma, estaba aquella cuyo número aumentaba rápidamente de día en día, la de los hombres de Yathrib que se habían convertido al Islam, y á los cuales despues se dió el honorífico nombre de *El-Ansár*, «los auxiliares.» También entre estos había gente de posición, como Ssá'd Ibn Óbada, caudillo de los Benu Ssá'ida, subtribu de los Jasaradsch. Eran en su mayor parte hombres jóvenes cuyo entusiasmo no había sido entibado todavía por la edad y que cada vez mas arrastraban tras sí á los otros, y había también otros que si bien no sentían inclinación á favor de la causa mahometana, creían, sin embargo, prudente simular á lo menos adhesión á ella. Así en breve tiempo la comunidad abrazaba ostensiblemente á la mayoría tanto de los Ans como de los Jasaradschs; el culto público de los ídolos desapareció con rapidez de la ciudad, y desaparecieron también con él algunos elementos que en apariencia habían estado mas cerca de la nueva fe que algunos de los otros. Si alguien debía haber saludado con ardiente simpatía la llegada del Profeta, era Abu Amir, individuo de los Ans que había conocido el cristianismo en sus viajes á la Siria, según se decía, y apartándose de los dioses paganos. Contábasele entre los hanifes, partidarios de una secta cristiana, en la que fué iniciado por una especie de cenobitas ascetas. Así, tanto á él como á la pequeña comunidad que había reunido pacíficamente en torno suyo debió serles antipático el modo ruidoso de proceder de Mahoma y de su juventud, ganosa de proselitismo, por mas que Mahoma en sus «revelaciones divinas» hubiese alabado á los

contraran entre ellos, y cuando se las hallaba eran piezas bizantinas ó persas. De aquellas se tomaron los nombres: *dinar* (esto es, «dineros de oro, aureus) y *dirhem*. Se ha calculado el valor del primero en unos doce marcos (unas 15 pesetas) y el del último en unos 60 pfennig (unos 75 céntimos de peseta); mas dada la variabilidad de la equivalencia entre el oro y la plata (esta última estaba en el antiguo Oriente relativamente muy cara) y nuestra ignorancia de los demás valores en la Arabia de aquel tiempo, solo podemos reducir aproximadamente esas monedas á las que en la actualidad tenemos.

(1) *Achl es-soffa* (de *soffa* viene nuestro sofá, mueble colocado sobre piés, como los soportales sobre postes ó pilastras).

(2) En árabe *el-mohádschirum*, «los emigrados de la patria,» lo que he sustituido por brevedad con «emigrados.»

hanifes y, según su costumbre, identificado su propia doctrina con la de estos. Abu Amir no podía someterse á lo que consideraba como una desfiguración de la causa pura á que había consagrado su vida; con unos veinte sectarios que había ya adquirido abandonó la patria y se marchó á la Meca, prefiriendo, como había preferido su adversario, renunciar á la adhesión á su tribu antes que renegar de sus convicciones. Ya le volveremos á encontrar despues entre los koreischitas; cuando estos abandonaron la resistencia contra el victorioso Islam, continuó él la lucha contra Mahoma con las gentes de Taif, y como aquí se hiciera también imposible la resistencia, se dirigió á la Siria para excitar á los bizantinos contra el embaucador, donde murió como «un desertado abandonado de los suyos.» Así, en su celo, dijo cierto día que moriría Mahoma, y posteriormente se cumplió en él, idealista incorregible, la trágica suerte que al otro ahorró su mas «sano realismo.»

Menos simpatía que este hombre de carácter entero, nos merece la masa de los «eclecticos,» que no faltaban tampoco en Yathrib. Eran personas incapaces de entusiasmarse por una nueva fe y demasiado apegadas á lo tradicional para que pudieran resolverse á separarse abiertamente de sus compañeros de tribu que habían abrazado el Islam. La religion había sido siempre entre ellos asunto individual y, por lo mismo, cada uno pudo libremente convertirse al Islam. De haber previsto de golpe las consecuencias de las conversiones en masa, como han sido descritas mas arriba, habrían acabado seguramente por agruparse á los partidarios de lo antiguo é intentado poner coto con las armas en la mano á las intrusiones del extranjero: pero solo paso á paso é insensiblemente se vieron relegados al último término; la autoridad de los jefes de las tribus no fué abiertamente negada sino minada poco á poco, sin que se pudiera, por otra parte, atribuir á Mahoma ni en un solo caso la transgresión siquiera de la letra del pacto constitucional, en el cual los incautos no habían visto mas que una simple alianza defensiva. Además el hombre que estaba al frente de ellos, si tenía talento, carecía de carácter. Refiere la tradición que por la época en que los primeros de los Jasaradschs trabaron el funesto conocimiento con el Profeta, se había tratado precisamente en la tribu de ceñir la corona de rey á las sienas de su caudillo Abdallah Ibn Ubaíy. Esto es, á buen seguro, una leyenda posterior hija del deseo de poner en evidencia lo deleznable de la ambición de mando terrenal ante el derecho divino del Profeta; pero si en realidad le hubiese sido destinada una corona, no habría sido él hombre capaz de llevarla. Por honrosas que fueran las consideraciones que, al frente de sus partidarios, le impidieron arrojar el guante al intruso y á sus propios compatriotas ofuscados, no dejaban de ser las de un hombre caviloso é indeciso que no había nacido para el mando, y en el cual no estaba sustituida la grandeza de alma de que carecía por la fe en una misión sobrenatural. No nos ha de extrañar, pues, que él, y con él un gran número de sus adeptos, ansiosos de paz, se convirtieran también á la fe y que permaneciesen en adelante fieles al pacto convenido. Pero no pasó mas allá: ni se decidía á prestar á Mahoma auxilio efectivo cuando llamaba voluntarios para una expedición fuera de la ciudad, ni á separarse de él cuando había sufrido una derrota. Era un hombre honrado y de conciencia, pero su escrupulosidad tenía algo de debilidad, y no consiguió sacar incólume su honra de las muchas falsas situaciones en que frecuentemente se vió envuelto, si bien él y sus adictos, para quienes la violencia y la deslealtad no podían justificarse por fines piadosos, representaban siempre, en relación con Mahoma, el partido de las personas decentes. Naturalmente eran molestos al Profeta; que «la enfermedad

de habitantes conversos, que ya se contaban por muchos centenares, y mezclados con ellos acá y acullá, llenos de entusiasta regocijo por volverle á ver, los fugitivos de la Meca; tampoco faltaron curiosos de parte de los paganos y judíos, que naturalmente anhelaban ver al extranjero que se gloriaba de ser un profeta por el estilo de Moisés. Estos vieron en el hombre que lentamente se adelantaba al paso de su Kaswa una figura esbelta, de regular estatura, pero de ancho pecho y fuerte constitución ósea, que tenía una gran cabeza, de frente alta y despejada. Su abundante cabello, ligeramente rizado, y la larga y cerrada barba, ambos del negro mas pronunciado, como se encuentra en todas partes en el Sur, servían de marco á una faz no muy llena, cuyo color, mas claro que el de los árabes en general, estaba teñido de matiz sonrosado. Sus ojos grandes y negros, sombreados por negras y arqueadas cejas, que se juntaban en el centro, y por largas pestañas, daban una imponente expresión al semblante, realzada por una nariz larga, pero delicadamente arqueada. Cuando bajó de su camello y se encaminó hacia la casa que debía albergarle interinamente como huésped, llamó en especial la atención su paso decidido y fuerte, que despues degeneró en un leve cojeo; pero lo mas notable de su cuerpo, como se habria podido oír decir á alguno de la Meca al oído de algun neófito, era una señal ó excrecencia que tenía entre los hombros y que se veneraba como «el sello» del espíritu profético. En su trato personal se distinguía desde luego por su amabilidad y condescendencia. «El respeto que al principio infundió á todos su presencia, se transformó con el trato en cariño y adoración,» así dice su biógrafo, á quien en verdad no podemos considerar completamente imparcial en este punto; pero que todo su sérb debía de tener algo de simpático, podemos deducirlo efectivamente del ardoroso afecto personal que ligó con él durante toda su vida á hombres como Abu Bekr y Alí.

Mahoma habia calculado cuidadosamente con sus íntimos los primeros pasos que se habian de dar en el territorio extraño. Para no dar nuevo pábulo á los antiguos celos entre Ans y Jasadrsch, dejó á la «dirección divina» determinar en qué casa debía establecer su morada interina: soltó las riendas á Kaswa, y como se parara voluntariamente delante de la posesión del jasadrschita Abu Eyub, cúpole á este el honor de dar hospitalidad al enviado de Dios, como tambien poco despues á su esposa Sauda y á sus dos hijas Omm Kolthum y Fátima, á quienes Mahoma á poco de haber llegado él á Yathrib envió á buscar por su hijo adoptivo Seid. Su hija mayor Seiriab, que estaba casada con un vecino de la Meca incrédulo, se habia quedado con su marido, y Rokaya, con el suyo Othman, habia llegado á la nueva patria con los grupos de emigrantes que habian precedido á Mahoma. Los koreischnitas no pusieron obstáculo alguno á la marcha de sus allegados, ni á la de los parientes y amigos de Abu Bekr, como tampoco algun tiempo antes á la de Alí; respetaron, pues, tambien en esta ocasion las consideraciones que les imponía el antiguo concepto árabe del honor. Durante once meses disfrutó Mahoma de la hospitalidad de Abu Eyub, en cuyo tiempo, con parte de la considerable cantidad de dinero que como resto de su hacienda llevó Abu Bekr en su huida, compró un terreno colindante que no estaba todavia edificado, é hizo construir dos pequeñas casas en él: una para Sauda y otra para Aischa, cuyo casamiento se aproximaba. Posteriormente, cuando el número de las mujeres de Mahoma se aumentó rápidamente, se fué edificando una nueva casa para cada una de ellas, hasta que se reunieron nueve, en las cuales solía vivir él tambien alternativamente. Sus primeros parientes Othman y Alí tenían asimismo sus viviendas en inmediata proximidad, mientras que los

demás emigrados habian edificado las suyas así dentro como fuera de la ciudad, donde encontraron lugar á propósito. Abu Bekr la tenía en el arrabal Sunch, á un tercio de milla de distancia. Aquí celebró el Profeta, poco despues de su emigración y en su propia casa, su matrimonio con Aischa, haciendo uso por primera vez de la libertad de las costumbres árabes que permitían la poligamia y marcando tambien al propio tiempo el desvío que empezaba á mostrar hacia el cristianismo, al cual no se habia manifestado hasta allí menos favorable que al judaismo.

A semejante desvío se veía obligado precisamente en aquel tiempo porque la situación de Medina le hacia desear acercarse todo lo posible á los judíos y porque en sus relaciones con estos debió de abandonarle pronto la ilusión de que fuera posible convencer á todos los que profesaban la idea de la unidad de Dios de que su doctrina coincidía en todo lo esencial con las revelaciones anteriores, y, por lo mismo, estas eran tambien conformes unas con otras. Aunque difícilmente se puede considerar á los judíos de Yathrib muy versados en las Escrituras, su oposición al cristianismo debía de ser allí tan marcada como en cualquiera otra parte. Así se comprende que Mahoma, que en los primeros tiempos despues de su huida hizo cuanto pudo para ganarse la voluntad de los judíos, se viera obligado á renunciar á los cristianos. No es que hubiese modificado su teoría de la identidad de las revelaciones sino que en su concepto los cristianos habian falseado sus libros sagrados é introducido arbitrariamente en ellos ideas impías, como la de que Dios era «uno de tres» y que El tenía á su lado como dos dioses á Jesus y á su madre, cuyas ideas dejan ver con claridad la fuente de que dimanaban. Se ha hecho observar con razon, como rasgo dominante de la manera de ser del Profeta, que en su celo por adquirir adeptos y en la oscuridad de los conceptos religiosos que se habia formado, estaba siempre dispuesto á amoldarse en lo posible á los de aquellos cuya conversión se proponía: así el deseo de atraer á los judíos, si no al círculo de su comunidad á lo menos al de su influencia, fué causa de que mientras le fué lícito hiciera valer ante ellos su conformidad, y, por lo mismo, acentuara su oposición al cristianismo mas fuerte y mas intencionadamente de lo que hasta hacia poco correspondía, sino á la verdadera relación entre ambas doctrinas, á lo menos á su propio sentimiento. Cuando en época posterior hubo de renunciar tambien á los judíos, era naturalmente demasiado tarde para acercarse de nuevo á los cristianos: los caminos del Islam se habian separado para siempre de los de las dos religiones mas antiguas, de las cuales habia tomado lo principal de las ideas que contenían.

Ya hemos indicado anteriormente la posición que las tribus judías ocupaban en Yathrib. Envueltas hacia muy poco en la guerra entre Ans y Jasadrsch, odiadas de estos últimos á causa del sesgo favorable á los primeros que con su cooperación habian dado á la última gran lucha, y en buenas relaciones con aquellos por el mismo motivo, representaban una fuerza que requería atenta apreciación si Mahoma se proponía fortalecer su situación y la de los suyos. Así le vemos desde el principio ocupado en la tarea de arreglar las desavenencias existentes y preparar la unión de todos los habitantes de Yathrib bajo su jefatura.

Ha llegado hasta nosotros, por medio del mas antiguo biógrafo de Mahoma, el texto de un notable documento en el cual se consignan los resultados de aquellos esfuerzos y que representa la primera tentativa para dar á una población árabe una constitución política. Tiene forma de protocolo en el cual se enumeran los puntos convenidos y aceptados por las diversas agrupaciones de los habitantes de Yathrib

para el establecimiento de un estado de seguridad en el interior y de comun defensa respecto del exterior. Las principales bases de esta constitución son las siguientes:

Los creyentes de Koreis y de Yathrib y todos los que se les adhieran forman un pueblo separado de todos los demás árabes.

Por lo que se refiere á los creyentes, en particular á los Ans y Jasadrsch entre sí, son valederas las siguientes prescripciones: Así los emigrados de la Meca como cada una de las tribus de Ans y Jasadrsch se cuidan por sí mismos de sus asuntos propios, especialmente del pago de la «indemnización de sangre,» rescate de prisioneros y asistencia de menesterosos.—Entre los creyentes no debe haber perjuicios mútuos ni desavenencias.—Ningun creyente debe matar á otro porque este haya acaso matado á un pariente incrédulo.—Ningun creyente puede prestar apoyo á un incrédulo contra un correligionario.—Los creyentes deben protegerse mutuamente contra todos los que no lo son; defenderán asimismo contra estos últimos á los judíos que se les adhieran y no ayudarán á nadie contra estos.—Paz y guerra son comunes á todos los creyentes; el conjunto de estos toma sobre sí la venganza de la sangre de los muertos en la guerra por la causa de Dios.—Ninguno de los habitantes de Yathrib que han permanecido infieles, podrá tomar bajo su protección bienes ni allegados de los koreischnitas infieles.—El que mata á un creyente se expone á la venganza de sangre si por medio del pago de la indemnización correspondiente no satisface á los deudos del asesinado.—Ningun creyente podrá proteger ó ocultar á un malhechor.—Toda disputa que se suscite entre los creyentes debe ser sometida á la decisión de Dios y de Mahoma.

Entre creyentes y judíos se convinieron los siguientes puntos: Los judíos contribuirán en igual proporción que los creyentes á los gastos de las guerras comunes.—Los judíos que están aliados con las tribus de Ans y Jasadrsch tienen los mismos derechos y deberes de las respectivas tribus; sin embargo conservan su culto, como los musulimes el suyo. Queda exceptuado el que por la comisión de un crimen se haga indigno de estos derechos; están además obligados los judíos á no emprender ninguna campaña sin consentimiento de Mahoma; solo la venganza de la sangre la pueden ejercer por su propia mano.—Los judíos costearán sus gastos públicos lo mismo que los musulimes los suyos; mas si amenaza un ataque del exterior, ambos están obligados á auxiliarse mutuamente y á contribuir á los gastos de la guerra: Yathrib ha de ser defendida por todos contra todos. En caso de discordias entre judíos y musulimes, el asunto se someterá á la decisión de Dios y de Mahoma.—Los judíos no pueden contraer ningun compromiso de protección con los koreischnitas infieles y sus aliados.—En caso de guerra, los judíos harán la paz tan luego como lo deseen los musulimes y viceversa; se exceptúan las guerras por causa de religión.

Algunos puntos de este pacto aparecen sospechosos porque atribuyen á Mahoma una autoridad á la cual apenas podía aspirar en los primeros tiempos de su residencia en Yathrib. Ciertamente que una vez terminado en definitiva el desacuerdo entre Ans y Jasadrsch debían perder los judíos desde luego la posición decisiva que habian ocupado hasta entonces; pero á pesar de todo, su número y fuerza eran aun así bastante importantes para que se pueda creer que hubiesen renunciado de grado al derecho de ejercer una política guerrera independiente en el exterior, derecho que Mahoma se reservaba expresamente en «cosas de la religión,» y hasta que le sometiesen á él solo la decisión de desavenencias en las cuales él era parte tambien. Conocemos, sin embargo, tan poco detalladamente aquel estado

de cosas, que no podemos emitir un juicio exacto; por otra parte, tampoco tiene importancia este punto secundario. En lo principal, esta constitución realmente representa lo que podíamos esperar. El antiguo particularismo árabe es respetado solo hasta el punto de que se deja á cada tribu la administración de sus propios asuntos. A la defensa contra los ataques exteriores se obligan todos á contribuir, á lo que se añade el pacto de no hacer alianza alguna con los koreischnitas paganos; lo cual estaba tan en la naturaleza de las cosas, que no podía ser buenamente negado, pues que Mahoma y los suyos habian sido admitidos en Yathrib con el consentimiento de los Ans y de los Jasadrsch. No hay tampoco por qué extrañar que de los individuos no convertidos de ambas tribus no se haga otra mención que la de que ellos tampoco deben sostener relación alguna con los de la Meca. La situación, por decirlo así, jurídico-política de aquellos se encuentra en cierto modo determinada por la prescripción que garantiza la independencia de las tribus. Que luego por la fuerza de los hechos se habia de trastornar todo muy pronto, no lo previeron por su mal los no convertidos, porque no comprendieron el carácter verdaderamente revolucionario de aquellos puntos del pacto ó constitución que se referían á las relaciones de los creyentes entre sí. Para nosotros este carácter se presenta desde luego muy claro despues de lo dicho anteriormente acerca de la significación de la misión de Mahoma. No ya la tribu, sino la comunidad religiosa, es la que mantiene á los creyentes en la unidad; los deberes que imponía el lazo de familia, así como los derechos que concedía, venganza de la sangre, protección mútua, unión frente á todo lo extranjero, pasaron á ser deberes y derechos del conjunto de los creyentes. Así como las enemistades entre los creyentes, que habian quedado sin conciliar procedentes de antiguas luchas, debían cesar inmediatamente, del mismo modo el creyente á la sazón estaba obligado solo para con el creyente, y era un extraño para los individuos de la familia que habian permanecido incrédulos. Se ve, pues, que el lazo que hasta entonces habia unido á los allegados de los diversos grupos de tribus se habia roto súbitamente, trastornando todos los conceptos de solidaridad de los miembros de la tribu por lo que se refiere á honor, hacienda y vida. Ciertamente que Mahoma tuvo cuidado de no llevar muy adelante este principio en lo referente á bienes y hacienda. Hizo una tentativa al principio, para ser tambien consecuente en este punto, hermanando 50 de sus compañeros de fuga con otros tantos creyentes de Yathrib, de tal modo que esta relación tuviese preferencia sobre cualquier otro parentesco, y hasta que el sobreviviente de cada pareja heredase al otro; mas como pronto se pudo convencer de que este arreglo producía todo género de complicaciones y descontento, lo anuló por sí mismo un año despues. Pero el hecho de haberse atrevido en todo otro orden de asuntos á exigir que los habitantes de Yathrib renunciaran inmediata y totalmente á ideas con fuerza arraigadas desde siglos en toda la Arabia, es un testimonio evidente de la profunda impresión que hicieron sus predicaciones, así como de la buena disposición de los ánimos, abiertamente opuestos á las ideas de los de la Meca y de los beduinos, tan indiferentes en materia religiosa. Desde luego hizo cumplir con la mayor severidad las nuevas leyes; y con sus ciento cincuenta compañeros de emigración no lo hubiera podido conseguir si no hubiese contado tambien incondicionalmente con la gran mayoría de los neófitos. Pero la consecuencia necesaria de esto fué que pronto la independencia de las tribus no existió mas que de nombre; los creyentes no se cuidaban para nada de la autoridad de sus jefes respectivos, sino de la del Profeta,